

El establecimiento de corsés de la calle de Sta. Ana, 2, frente á la Rambla, se ha trasladado á la **Tapinería, 24**, tienda-

* Para **Sevilla** con escalas en **Valencia, Málaga y Cádiz**, saldrá el domingo, 3 del corriente, á las diez de la mañana, admitiendo carga y pasaje, el vapor «Nuevo Estremadura», capitan D. Francisco Jaen.

Consignatario: D. Santos Palomo, Paseo de Isabel II, 3, bajos.

LA CUESTION DE ROMA.

La cuestion de Roma, aparte su aspecto jurídico, es tambien en el fondo una cuestion de sentimiento. Por esto hacen sonreir las argucias, los datos históricos, los pretendidos títulos de derecho ó conveniencia invocados á menudo por los defensores de la Roma capital de Italia, para justificar la ocupacion de la histórica ciudad por las tropas italianas, y su actual condicion. ¡Vanas declamaciones! No parece sino que se trata de un pleito sobre la propiedad de una finca, y que yendo á caza de vicios en los títulos literales de dominio, ó de lagunas en la titulacion ó de declaraciones arrancadas á los litigantes, se vaya á lograr un fallo irreprochable é indiscutible como rigurosamente deducido de resultandos y considerandos y de citas legales y jurisprudencias. ¡Qué error tan grande!

Pudiera la unidad italiana invocar cien títulos positivos para haber arrancado Roma de manos de la Santa Sede; pudiera demostrar la realidad de mil y una conveniencias, de mil y una imperiosas necesidades de hacerlo; pudiera patentizar la lógica rigurosa de su posesion; y la cuestion de Roma seguiria siendo la cuestion de Roma mientras apareciera una sombra de Papa en la Sede Pontificia, y existiera un solo católico en el mundo.

¿Por qué? Porque la cuestion de Roma no es una discusion legal, ni siquiera una diferencia política entre el Vaticano y el Quirinal, sino una cuestion de derecho internacional público. Y no se tome aquí la palabra *derecho* en un sentido meramente objetivo, externo, como cosa de leyes, pactos ó principios concretos: la usamos en un sentido total, como espresion de la energía íntegra de los individuos ó colectividades tendiendo á un fin. Energía íntegra, esto es, muy nutrida de sentimiento.

Entendido así el asunto, júzguese si ha de resultar interesante la obra «Del aspecto internacional de la cuestien romana», que acaba de publicar el tratadista tan bien reputado en estas materias señor marqués de Olivart. Es una obra en cuatro tomos ricamente impresos y encuadernados: una edicion tan hermosa como escasa en ejemplares que, á estas horas, en otro país en que se hubieran publicado, ya habrian agotado los hombres de estudio ó simplemente los bibliófilos.

Dado el volúmen del tratado y lo sustancioso de su testo y apéndices, seria temeridad pretender dar idea siquiera de todo su contenido en un artículo periódico de estension razonable.

Bástenos, pues, traducir y glosar la impresion que algo de su lectura nos ha producido: y lo haremos con tanto mayor gusto cuanto lo que hemos leído coincide con nuestra manera de ver la cuestion, ilustrándonosla abundantemente. Es decir, que el señor marqués de Olivart considera el poder temporal del Papa en Roma desde el punto de vista del derecho-sentimiento internacional; pero con una erudicion tan copiosa y un amortal al asunto, que su obra constituye un poderoso alegato en pro de la Roma papal. Y no es estraño que con tal motivo haya recibido del Vaticano frecuentes bendiciones y alentadoras frases en documentos que hace constar en las primeras páginas de los tomos que sucesivamente ha publicado.

Que el señor marqués de Olivart ha inspirado su obra en el antedicho punto de vista revélase en la forma de relatar la historia de la cuestion romana. No desperdicia un detalle, ni desdeña una anécdota, ni rehuye el cuadro histórico, ni escasea los comentarios para hacer resaltar bien la vacilacion, la manera vergonzante, casi subrepticia, con que la invasion y apoderamiento de Roma se llevó á cabo por los italianos y se consintió por los Estados representantes de los intereses católicos.

Si en dichos Estados hubiera palpitado una fe católica viva y sincera, claro es que se habrían opuesto resueltamente al aniquilamiento de la Roma papal, y que su acción común habría cortado en seco el camino al Rey de Italia y en aquel caso no existiera cuestión romana.

Si, por el contrario, completamente despreocupados, estaban convencidos de los derechos de éste, ó de las necesidades ó conveniencias internacionales en pro de la ocupación de Roma, parece que los Estados ningún reparo debían oponer á ella y que habían de reconocerla sin dilaciones, dudas ni ambigüedades, y entonces el Rey de Italia se hubiera lanzado francamente á la anhelada y fácil conquista, y la cuestión romana tampoco existiría.

¿Por qué no sucedió, pues, ni una ni otra cosa? ¿por qué se alzó la cuestión y quedó en pié? Porque por una parte ninguna nación católica se sintió con bastante fe para despreciar sus intereses ó sus pasiones políticas y emprender unas nuevas cruzadas; y, por otra parte, aun aferrados á aquellos intereses, y hasta viendo algunos con buenos ojos, merced á sus pasiones políticas ó de secta, la destrucción del poder temporal del Papa, los gobiernos europeos, incluso el italiano, tuvieron como un inesplicable sentimiento de que poner la mano en Roma era cometer una grandísima profanación. De este inesplicable sentimiento nació la cuestión romana: nacieron las demoras y las notas ambiguas de los gobiernos, la singular conducta de Francia, el plebiscito italiano y aquella ley de garantías, transacción de conciencia de aquellas que no logran engañar ni al mismo que las hace consigo mismo, ineficaz y anodina como todas las cosas que no están animadas por una sinceridad íntima.

Esto en cuanto á los antecedentes y al hecho mismo de la ocupación de Roma.

En cuanto á la situación subsiguiente y actual de la Santa Sede dentro de la capital de Italia, minuciosamente analizada por el señor marqués de Olivart en su obra, aparece el mismo misterioso sentimiento dominándolo todo y manteniendo viva la cuestión.

En vano pretenden unos consolarse ó consolar á los demás con la afirmación de que el Papa ha ganado en prestigio espiritual desde que ha quedado desposeído terrenamente; en vano andan otros en busca de paliativos y de soluciones ingeniosas y mezquinas dada la magnitud del asunto.... dos Romas una al lado de otra, un camino internacional desde Civitavecchia, hasta juegos de puentes y barreras.... ¿qué sé yo?; en vano los de mas buena fe procuran tranquilizarse amoldando su criterio á las sucesivas indicaciones del Papa mismo, á sus reivindicaciones reputadas por platónicas; en vano, finalmente, se sueña con un traslado de la Sede Pontificia á otra nación, á una isla cedida.... en vano todo. La inquietud no cesa: al cabo de veinticinco años la cuestión es tan candente como el primer día.

¿Por qué subsiste la inquietud, y en tanto tiempo no se ha resuelto en alguna de aquellas soluciones? ¿ó porqué no se ha enfriado ya al contacto del descreimiento y del indiferentismo religioso? Porque así en el ánimo de los pocos que tienen aun la fe ardiente como en el de los que dudan ó se creen despreocupados hay una obsesión poderosísima y para muchos inconsciente. Tal obsesión es la grandeza, el inmenso prestigio de este nombre: Roma.

Esta grandeza, este prestigio, no han sido aun vencidos por las de ningún otro nombre en la historia conocida: «Un tiempo hubo, ¡oh! Roma—esclama Goethe—en que el resto del mundo apenas fué digno de tus miradas: un mundo viste nacer en tí, y un mundo arruinarse; y despues renacer de las ruinas otro mundo mucho mayor todavía.» Pues bien, acostumbrados todos á asociar solo grandezas al sonido de este nombre, á la magia de estas letras: ROMA, nuestra imaginación, nuestro sentimiento se rebelan á separar de ellas toda evocación de algo que sea muy grande, que tenga un cierto sentido universal. Si no las podemos asociar mas que al recuerdo de la Roma pagana; si hemos ahora de separarlas de la idea de Roma papal, ¿con qué se nos llena por de pronto el vacío que, agrandado, deja el Papa tras el Imperio pagano? ¿qué gran prestigio se nos da para sustituir en seguida en nuestra mente aquellos dos enormes prestigios? ¿por ventura el prestigio de los ministros del Rey Humberto, de las Cámaras italianas disueltas é impotentes, de la capital de una última potencia de primer orden? No nos basta: no

basta á los católicos, ni basta á los indiferentes, ni basta siquiera á los niños de la escuela.

Porque no basta á nadie, por esto subsiste la cuestion de Roma. Porque no bastando á nadie tampoco estamos en los siglos de las cruzadas, por esto subsistirá la cuestion de Roma. Vendrá el tiempo, y lo resolverá: el tiempo lo resuelve todo.

Tal es la impresion que hemos sacado del escelente libro del señor marqués de Olivart. Léanlo cuantos se preocupen de alta historia y tal vez sepan sacar de su lectura mejores frutos que nosotros, mas provechosa sustancia.

J. MARAGALL.

REVISTA INTERNACIONAL.

Aunque la guerra de la China y del Japon ha puesto de relieve la profunda ignorancia que reinaba en Europa acerca de ambos imperios, demostrada por la contradiccion que se nota entre los cálculos y pronósticos del Occidente y los hechos del extremo Oriente, y por las simpatías espresadas en favor de una de las partes beligerantes, cuyas victorias constituyen una amenaza y un peligro grave é inminente para la paz general, no es menos cierto, sin embargo, que el tiempo, que los mismos sucesos de esa contienda y que una mas detenida y madura reflexion van rectificando poco á poco ideas y juicios erróneos anteriores, y atribuyendo á esa lucha la importancia que antes se le negaba y un interés para los europeos muy superior al que inspiran por el momento todas las demás cuestiones extranjeras.

Se ha visto con claridad que, cuando nadie lo esperaba, surge de repente de los mares del Japon una nueva potencia, con cuya aparicion no contaban las demás, y cuya existencia ha de influir en sus planes para lo futuro. En el espacio de unos treinta años, período brevísimo para la vida lenta de los pueblos, se despoja voluntariamente de las instituciones y costumbres asiáticas, y prohija y se asimila las nuestras. Logrado esto, y sin dar treguas al espíritu ni descanso á la mano, prepara maduramente una empresa grandiosa y osada contra el hormiguero humano mas poblado de la tierra, con tal sigilo que todos la ignoran hasta que se pone en obra, y de victoria en victoria en el mar y en el suelo arranca á los chinos la Corea, rechaza y sepulta, á pesar de los rigores del invierno, en las llanuras mandchuas á las fuerzas enemigas, se apodera de dos puertos fortificados que se oponian á la entrada del golfo de Petchilí y á la invasion de Peking, aniquila por completo á la armada china, y se dispone, á su arbitrio, á rendir por las armas, cuando llegue la estacion favorable, la capital del celeste imperio, ó someterla á su obediencia por hambre cortando sus comunicaciones con el Mediodía, canal hasta ahora de donde sacaba su subsistencia.

Y consigue tan sorprendente resultado poniendo en pié de guerra grandes ejércitos terrestres y marítimos, con tanta prontitud y perfeccion como otra cualquiera nacion europea, y los trasporta, mantiene, aloja, cuida y municiona sin dificultades ni contratiempos, y aprovecha la circunstancia de la defensa especial de Puerto Arthur y de Wei-Hai-Wei, solo marítima contra el ataque posible de limitadas fuerzas occidentales, no las mas numerosas japonesas, acometiendo al primero por la Mandchuria, ó por su flanco débil, y al segundo lo mismo por un desembarco inesperado. De igual modo y con idéntico éxito utiliza en su beneficio la torpeza de los marinos chinos refugiados en la costa de Pung-Yang y en el puerto Wei-Hai-Wei.

Sus adversarios, en cambio, siguiendo una conducta diametralmente opuesta, están representando el triste y ridículo papel del fatuo débil, presuntuoso y rutinario que, cuando menos se lo imagina, viene á las manos con un contrincante despreciable antes para él, y que, contra su opinion, es en realidad un Hércules ó un coloso. Comienza mofándose de él, se asombra luego y desfallece, no acierta ni en el ataque ni en la defensa, y concluye al fin por huir y por implorar su perdon. Y, en efecto, desde que empezaron los desastres chinos, la corte de Peking ha hecho diversas tentativas de paz que prueban nuestro aserto. La primera enviando al Mikado un funcionario extranjero que, como era de suponer, no me-